

La dictadura en Brasil, nuevos abordajes

Hernán Ramírez (ed.)*

Introducción

La dictadura brasileña inauguró un nuevo tipo de régimen autoritario en el Cono Sur de América Latina, compartiendo características comunes con otras instauradas posteriormente en países vecinos. En particular, destacamos su naturaleza institucional, su larga duración, las prácticas represivas y los proyectos fundacionales que encarnaron. Otros elementos serían peculiares; me refiero por ejemplo al hecho de que las instituciones representativas, previamente expurgadas, continuaron funcionando, al igual que los partidos políticos, fuertemente reglamentados, y a la celebración de elecciones con cierta regularidad, aunque amañadas.

Tal particularidad muchas veces ha sido menospreciada, calificada como una simple fachada. Obviamente no se trataba de una democracia plena pero quedaba claro que la intención de sus principales figuras no era instaurar una dictadura eterna. Los golpistas se mostraban a sí mismos como defensores del orden y de un sistema democrático según los moldes occidentales que no permitiese su subversión, que, depurado, volvería a manos de civiles una vez sanadas las deficiencias que lo carcomían y colocaban en peligro.

Por ser la primera experiencia con tales características y debido a la dimensión intrínseca de un país de portes continentales, inclusive en el ámbito académico, su estudio marcó algunos hitos relevantes en la discusión latinoamericana, sirviendo muchas veces de norte para analizar los otros casos nacionales.

En tal sentido, esas polémicas abarcaron diversos ámbitos y discutieron hasta el propio adjetivo que deberíamos emplear al mencionar los golpes de Estado y las dictaduras instauradas a posteriori. La tipificación de “militar” hace mención innegable al protagonismo que le cupo en esos eventos al sector castrense, que, excepto en el caso uruguayo, ocupó la primera magistratura y se reservó la mayoría de los principales resortes del poder. No obstante, tal categoría deja encubierta en su rótulo la participación activa de civiles tanto en el proceso de deslegitimación de las democracias como en las propias administraciones autoritarias, por lo que un cada vez más extenso número de estudiosos las ha pasado a calificar como “cívico-militares”, denominación que daría cuenta de los dos elementos.

* Doctor en Historia por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS) con Post-doctorado en Ciencia Política en el Instituto Universitário de Pesquisas do Estado do Rio de Janeiro y Profesor de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS) / Brasil, se dedica a investigar temas sobre historia empresarial, instituciones e ideas económicas en Argentina, Brasil y Chile. Entre otras obras, se destacan los libros *La Fundación Mediterránea y de cómo construir poder. La génesis de un proyecto hegemónico*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2000 y *Corporaciones en el poder. Institutos económicos y acción política en Brasil y Argentina: IPÉS, FIEL y Fundación Mediterránea*, Buenos Aires, Lenguaje claro Editora, 2007.

Desde esa piedra angular, esta introducción propone una lectura de largo plazo del fenómeno. Los golpes de Estado y las dictaduras se gestaron y fueron conducidas por alianzas golpistas cuya dinámica a partir de ese prisma ayuda a entender esos procesos no como una simple respuesta coyuntural sino como resultado estructural.

Hoy ponderamos mejor las supuestas amenazas que esas fuerzas blandieron como justificativas para la toma del poder. De todas formas, debemos convenir que en aquellos tiempos las mismas tenían otra dimensión. El orden social parecía estar quebrándose, sea en los sectores proletarios urbanos como en el campo, algunos grupos medios intelectualizados e inclusive dentro del propio Estado, especialmente dentro de las Fuerzas Armadas, que también fueron alcanzadas por el mal insurgente.

Junto a otros uno de los motivos que alegó esa alianza para propinar el golpe fue el de la insubordinación dentro del ámbito militar, en especial la promovida por los sargentos de la Marina, fogueada por fuerzas de izquierda y consentida por el gobierno de João Goulart, considerada inadmisibles por quebrar el orden jerárquico en una institución de control total y particularmente por darse en una sociedad aún fuertemente estamental, caso que Anderson da Silva Almeida analiza detalladamente. Bien vale recordar aquí que medio siglo atrás João Cândido, conocido como el Almirante Negro, se había insubordinado ante los maltratos que los marineros sufrían, siendo expulsado de la corporación por esa doble osadía, y cuya figura sólo sería rehabilitada recientemente.

Además de mostrar la pervivencia de elementos del antiguo régimen, esas revueltas también expresan otras particularidades de las Fuerzas Armadas brasileñas, que serían determinantes de sus dinámicas previas y posteriores al golpe de Estado. El grado de cohesión que alcanzaron era mucho menor al de otras de la región, llegando a albergar inclusive tendencias de izquierda en su seno, lo que se puede explicar por una tardía socialización conjunta de su alto mando y el origen social menos patricio de sus cuadros, que si bien resultaba una importante traba le ayudaría a entablar una relación más horizontal con los otros segmentos que participaron de la gestión autoritaria.

Por otro lado, esas fracturas nos muestran el particular estado que Brasil vivía y la profundidad de la crisis social por la que atravesaba, insuflada por la coyuntura externa pero en esencia fuertemente enraizada en la historia nacional. Ante tales desafíos, los regímenes autoritarios procuraron exorcizarlos mediante el uso de la fuerza y la introducción de modificaciones de fondo, que muchas veces conformaron verdaderos proyectos refundacionales. La represión puntual y la táctica del terror generalizado podía remover sus trazos más evidentes y agudos; no obstante, hacerlo con los más profundos y estructurales requería de otro tipo de esfuerzos.

Por ello me atrevo a colocar en tela de juicio que la conservación de instituciones representativas, de partidos y hasta de elecciones haya sido una mera fachada. Como Juan Linz propusiera hace tiempo, varios de estos regímenes tendieron a abrir espacio para cierto pluralismo, claro que restringido, encontrando eco en varias fuerzas políticas que de él participaron, con lo cual legitimaban en parte sus acciones.¹

Tales pretensiones refundacionales se plantearon también dentro del ámbito de la cultura. La lucha ideológica se entablaba en todos los frentes, siendo el arte una de las expresiones de resistencia que la práctica de la censura no podía reprimir del todo. Ello se daba en especial por la capacidad que tenía para expresar el descontento desde los márgenes gracias a la sutileza de su lenguaje, pletórico de tropos cargados de significados diferentes de acuerdo con la clave interpretativa de sus interlocutores. En esa esfera tales

¹ Linz, J. (1978) "Una interpretación de los regímenes autoritarios". *Papers. Revista de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona* 8.

proyectos tuvieron sus mayores dificultades, debido tal vez a que la arena les era poco familiar. Al respecto, William Martins nos brinda un amplio análisis sobre la producción cinematográfica durante la dictadura, que estuvo sometida a una doble intervención por parte del Estado: por un lado la censura, que no era sólo política sino también moral en sentido amplio, y por otro el accionar de una empresa mixta, que financiándola también podía ejercer ciertos tipos de control, mucho más sutiles y eficientes que el de la mordaza. De algún modo ello no era una novedad, ya que el Instituto de Pesquisas Econômicas e Sociais (IPÊS), uno de los articuladores golpistas más activos y significativos, había visto desde temprano en el séptimo arte un potencial para combatir en ese terreno. Valiéndose de aliados internos y externos controlaba desde antes del quiebre institucional lo que se exhibía en el circuito comercial, incluso colocando en los intervalos cortos de su factura (trece de los cuales se conservan en el Archivo Nacional) en los que se enaltecía la iniciativa privada, la ayuda externa de potencias occidentales -en particular de la Alianza para el Progreso- y las Fuerzas Armadas, a la par que se condenaba al comunismo y al gobierno de Goulart, dirigiendo su mensaje a un considerable público sin grandes esfuerzos ni otras mediaciones.

Conscientes de la fuerza y alcance de ese tipo de expresión artística y de las dificultades de acceso a los sectores populares, sus miembros montaron un sofisticado esquema de cine ambulante, que proyectaba filmes en barriadas obreras y zonas rurales, mensaje que no era transmitido de forma directa sino por medio de miembros de la Iglesia católica, para lo cual también contaron con el apoyo de una conocida empresa alemana que les proporcionó algunos camiones para el transporte de los equipos, tal como se comenta en el artículo de mi autoría incluido en este dossier.

De forma más puntual, el trabajo de Miliandre García apunta a comprender cómo se dio tal proceso en un caso particular, la censura a una pieza teatral, otro de los ámbitos -junto al musical- donde la resistencia cultural fue más expresiva. Más allá del hecho fortuito, nos muestra cómo era el funcionamiento de la máquina burocrática, no sólo alimentado por militares ni restringido únicamente a una orden de la cúpula sino intermediado por una serie de agentes con diversos intereses y preocupaciones, con los cuales se entablaban variados tipos de estrategias, algunas de ellas de negociación.

Tal tipo de construcción también se valdría de otras prácticas, tal vez menos politizadas pero de impacto inconmensurable. En varios momentos históricos el deporte fue usado como un instrumento para generar legitimidad, especialmente por parte de regímenes que gobernaban mediante el uso de la fuerza. Más recientemente, la industria del espectáculo convirtió a varios de ellos, en especial al fútbol, en una diversión de masas, circunstancia que sería aprovechada por todos los gobiernos y por los dictatoriales en particular, llegando muchos de ellos a convertir las competencias en una arena en la que se sublimaba la lucha ideológica.

En tal sentido, el trabajo de Livia Gonçalves Magalhães nos muestra cómo el Mundial de 1970 sirvió para conferir popularidad a la dictadura brasileña e introdujo cuestionamientos hasta en los propios opositores. Este hecho nos alerta acerca de que la longevidad de tales regímenes no sólo obedecía a la intensa represión y extensa propagación de la cultura del miedo sino sobre todo a la capacidad que tuvieron para conseguir en algunos momentos imbuir en vastas porciones de su población un sentimiento nacional, si se quiere revestido de un efímero carácter festivo, pero que demostraba cuán hondo habían calado. Ello nos demuestra también que ciertamente las dictaduras no fueron un accidente y que dejarían marcas indelebles en todas las estructuras, muchas de las cuales aún esperan ser abordadas, razón por la cual este dossier apostó a colaboraciones que abriesen perspectivas innovadoras en tal sentido.